
Pedro CABELLO MORALES, *Arqueología bíblica. Los textos bíblicos a la luz de los hallazgos arqueológicos*, Córdoba: Almuzara, 2019, 539 pp., 15 x 24, ISBN 978-84-17797-48-5.

No es fácil clasificar la obra que comentamos. Vaya por delante que nos parece un libro de imprescindible lectura. Ahora bien, ¿es un manual de arqueología? Tiene una gran altura científica, pero no se podría encajar del todo en ese molde. ¿Es una introducción a la Biblia ilustrada desde la arqueología? Puede ayudar mucho a entender los textos bíblicos, pero tampoco lo es. ¿Es una monografía académica? No tiene notas a pie de página para señalar de dónde procede cada una de sus afirmaciones, pero cualquier entendido percibe que se ha tenido en cuenta toda la bibliografía pertinente, que además se cita con abundancia al final de cada capítulo, y que se discuten abiertamente y se argumentan las tesis de los diversos autores. Además, junto a todo eso, es un libro cuya lectura atrapa al curioso que lo toma en sus manos como una novela de acción.

El autor, Pedro Cabello Morales, es un reconocido biblista que también conoce de primera mano lo que es una excavación arqueológica, y no solo por los libros. Sin duda, su experiencia personal en la excavación de Tel Regev en 2013 le sirvió para hacerse cargo de modo directo de los retos y de los límites en los que se enmarca esta tarea fascinante.

Uno de los méritos de esta obra es que mira las excavaciones y lee los informes de excavación, por decir así, «desde dentro». Introduce al lector en esa perspectiva que le incita a la aventura, a la vez que le exige grandes dosis de realismo a la hora de ponderar asuntos relevantes relativos a la relación entre Biblia e historia. Lo que resulta muy útil, ya que con frecuencia estos temas se suelen tratar con gran superficialidad en periódicos, revistas, documentales o videos de todo tipo que circulan por Internet.

La primera parte del libro, de notable extensión (155 páginas), introduce al lector en el mundo de la arqueología y sus historias de amor y desamor con los estudios bíblicos, con todas las vicisitudes por las que han pasado, desde que nació el interés por conocer el pasado desenterrando sus vestigios hasta el día de hoy. Ayuda, sin duda, a conocer y comprender a los principales protagonistas de esta gran aventura.

En la segunda parte, que se titula de modo bien expresivo «La arqueología y la Biblia cara a cara», es donde se entra en pormenores acerca del diálogo que se puede establecer entre los textos bíblicos y los hallazgos arqueológicos.

Esta parte es mucho más extensa (cerca de 400 páginas), y cada uno de sus capítulos va desgranando esa conversación siguiendo el orden del relato bíblico.

El autor tiene la valentía –ciertamente lo es, para un autor contemporáneo– de dedicar dos capítulos al enmarcamiento de los textos del Génesis. En el capítulo quinto del libro, titulado «Más allá de los patriarcas» presenta la geografía humana de Tierra Santa en los albores de la civilización y comienzan a entrar en escena pueblos como los amorreos y cananeos, así como los grandes imperios de Mesopotamia. A continuación, con el título «Una familia venida de fuera», el capítulo sexto pone paisaje de fondo a los relatos patriarcales desde Ur de los caldeos hasta los relatos egipcios que ilustran los relatos bíblicos sobre José.

Más adelante, se presenta cuanto puede ayudar a comprender la epopeya del Éxodo (el capítulo 7: «Israel en Egipto: un viaje de ida y vuelta»), el asentamiento de Israel en su tierra (capítulo octavo, donde se presentan las diversas evidencias arqueológicas que ayudan a valorar lo que dicen los libros de Josué y Jueces), para llegar a lo que se titula «La edad de oro del pueblo de Israel» (capítulo noveno) donde se acerca al lector a las evidencias y los retos que presenta la arqueología para la interpretación de lo que dicen los textos bíblicos acerca de los orígenes de la monarquía con Saúl, pero sobre todo con David y Salomón.

A partir del capítulo décimo, «Dos hermanos separados, dos reinos divididos», el diálogo acerca de los principales protagonistas de esa historia (Ajab, Senaquerib, Ezequías, etc.), tanto en la Biblia como en las inscripciones antiguas, se hace mucho más rico gracias a la mayor abundancia de documentación disponible. También los restos de construcciones y los utensilios de uso doméstico en esta época proporcionan una rica información que ayuda a comprender mejor muchos pasajes bíblicos.

En el capítulo undécimo se enmarca en los periodos neobabilónico y persa la situación narrada en la Biblia tanto de la diáspora judía como de los que permanecieron en la tierra. En ese contexto se entiende bien todo cuanto confluje en la restauración nacional que tuvo lugar en la provincia persa de Yehud.

A continuación, en el capítulo 12, las vicisitudes de la dominación griega, entre tolomeos y seleúcidas, ayudan a enmarcar la gran épica nacional de los macabeos y, sobre todo, a explicar cómo se gestó la gran transición cultural que llega hasta las puertas del Nuevo Testamento.

El último gran capítulo está dedicado, como no podía ser de otro modo, a la dominación romana desde el 37 a.C. hasta la segunda guerra judía y la última resistencia en el año 135 d.C. Quizá al lector le hubiera gustado una mayor extensión y una presentación más detallada de los vestigios que se remon-

tan a esta época histórica, en la que se enmarca todo el Nuevo Testamento. Ciertamente no son pocas las sesenta páginas que se le dedican, y tal vez habría quedado desproporcionado el conjunto con una mayor extensión aquí. Pero la verdad es que resulta todo tan interesante, que, aunque se habla con suficiente profundidad sobre Belén o el Santo Sepulcro, a uno le hubiera apetecido poder leer algo aún más extenso.

Hasta aquí, una somera descripción del contenido de esta obra, que puede orientar al lector acerca de qué puede encontrar en ella.

Pero todavía deberíamos de decir algo más sobre un tema importante para una obra de este estilo: ¿qué hay detrás de lo que se narra? ¿desde qué presupuestos se enfoca la lectura de la Biblia y lo que dicen los reportes de las excavaciones? El autor, Pedro Cabello, con notable rigor intelectual, expone con claridad lo que piensa sobre este asunto en las primeras páginas, y, en efecto, la lectura posterior corrobora que es coherente con esos presupuestos. Voy a detenerme un poco a valorarlos.

Es bien conocido el debate surgido hace algunas décadas entre los estudiosos de la historia antigua de Israel acerca de la oportunidad, o no, de tomar en consideración los textos bíblicos –incluso debidamente analizados críticamente para enmarcarlos en la medida de lo posible en su tiempo de composición– en la interpretación de los restos arqueológicos. En ese debate es posible encontrar desde unas pocas posturas «maximalistas», que conceden una importancia exagerada al texto bíblico incluso en una lectura literalista, hasta muchas historias «minimalistas» o «independientes» (del texto bíblico) que solo consideran fiable lo que está apoyado en evidencias arqueológicas. De hecho, la tendencia «minimalista» o «revisionista» como también se la conoce, es la dominante actualmente en ámbitos académicos.

Como buen conocedor de lo que implica la tarea del arqueólogo, Pedro Cabello se pregunta honradamente acerca de la exactitud que cabe exigirle: «¿Es posible conocer la historia pasada a partir de la arqueología? ¿Puede ser reconstruida con más o menos fiabilidad?» (p. 48).

Su respuesta es bien ponderada: «A pesar de que los restos materiales nos ofrecen gran cantidad de información sobre el pasado, no bastan para componer el relato histórico. ¡Los restos materiales no pueden decir todo sobre su tiempo! Se hace imprescindible interpretar esos restos. Los arqueólogos que subrayan el carácter objetivo y la imparcialidad del registro arqueológico frente a la parcialidad y subjetividad de los textos escritos, en mi opinión, ¡están equivocados! Ninguna intervención humana es aséptica, totalmente neutra y

objetiva. ¡Es imposible! Los datos que se encuentran han de interpretarse y, en la interpretación, uno se acerca a ellos en función de sus propios planteamientos teóricos y metodológicos. La interpretación es tanto más valiosa cuanto más “correctos” sean esos planteamientos, cuanto más purificadas estén sus intenciones y motivaciones» (p. 49).

Con igual fuerza reclama el rigor debido a la hora de apoyarse en documentos de la antigüedad, como inscripciones, crónicas reales o códigos legales: «En cuanto a las fuentes escritas extrabíblicas, hay que ser también crítico. No podemos hacer un estudio crítico del texto bíblico teniendo en cuenta sus géneros literarios y leer las crónicas de Senaquerib o de Ciro como si de una “noticia de telediario” se tratara. También esas fuentes extrabíblicas han de ser sometidas a un juicio crítico teniendo en cuenta la intencionalidad y la forma literaria en la que se presentan. En ocasiones son piezas de propaganda política o religiosa» (p. 52).

Este sano escepticismo, dentro de una cordial confianza en la arqueología y en la documentación antigua, que se respira en esta obra está muy lejos, por otra parte, de una actitud fundamentalista en la lectura del texto bíblico. Con la misma lógica que le lleva a buscar honradamente la verdad en el acercamiento a los testimonios extrabíblicos, también los textos de la Biblia son tratados con pleno rigor crítico. La formación recibida por el autor en el Pontificio Instituto Bíblico se nota, y, como alumno aventajado que fue en su momento, conoce y maneja con soltura la bibliografía más reciente y está al día de los actuales consensos más extendidos acerca de los complejos procesos de formación de cada uno de los libros de la Biblia.

Lejos de hacer lecturas fundamentalistas de los textos, pero buen conocedor de la realidad de la Sagrada Escritura y de lo que implica su lectura en la fe de la Iglesia, deja claro que «la Biblia tiene un carácter esencialmente religioso, es un libro de fe que agrupa una serie de textos que plasman la relación con Dios, en un tiempo histórico concreto, de una comunidad humana determinada. Tiene un fondo histórico real, claro que sí, pero al servicio de la fe y la teología de la comunidad en la que se transmitió y a la que se dirigió. La Biblia es un libro de fe y para creyentes. No hay que olvidarlo. Sin mermar su carácter histórico, el texto no pretende tanto informar, sino abrirnos al misterio de la intervención de Dios en la historia» (p. 62).

En el momento actual de la investigación acerca de la historia antigua de Israel y la posibilidad o no de diálogo del historiador con el texto bíblico, se plantea lo siguiente: «¿Se puede navegar entre el *todo* de los fundamentalistas

y el *nada* de los revisionistas? Ciertamente que sí. Lo esencial es saber *cómo leer* los relatos bíblicos y saber lo que podemos y lo que no podemos encontrar en ellos. (...) Hay que reconocer que la relación de los hechos bíblicos con la realidad histórica es compleja pero, en absoluto, se puede decir que los hechos bíblicos no recojan ni se fundamenten en acontecimientos históricos» (p. 63).

La lectura pausada de cada uno de los capítulos de la segunda parte, contrastando con sabiduría y sentido común aquello que las huellas materiales permiten presumir que pasó en las distintas épocas desde el bronce medio hasta la dominación romana con lo narrado en los textos bíblicos, es una aventura intelectual gozosa y enriquecedora. Gozosa porque con frecuencia las referencias a artefactos, crónicas reales o inscripciones están entreveradas con la narración de anécdotas relacionadas con las excavaciones donde se encontraron o las aventuras de sus descubridores. ¡Más de una podría proporcionar un buen guión para filmar una serie de intriga y aventuras! Enriquecedora por la gran cantidad de información actualizada, y, sobre todo, porque ayuda a enmarcar los relatos bíblicos con el mundo real en el que nacieron.

En síntesis, podríamos concluir con lo que decíamos al principio. Vestida con el ropaje de un escrito de alta divulgación, nos encontramos ante una obra de alto rigor intelectual, con una información totalmente actualizada, y además redactada con una pizca de sal. Su lectura tiene mucho que aportar a cualquier profesional de la Escritura y a todo teólogo que actualmente quiera acercarse con rigor al texto bíblico. Puede ayudar también al universitario culto a poner en orden las piezas de la fe y de su razón en un tema delicado y muy actual por la profusión de noticias, e incluso de *fake news*, que circulan por los kioscos y las redes sociales relacionadas con la historia bíblica.

Francisco VARO

Theresia HAINTHALER, Dirk ANSORGE y Ansgar WUCHERPFENNIG (Hg.), *Jesus der Christus im Glauben der einen Kirche. Christologie, Kirchen des Ostens, Ökumenische Dialoge*, Freiburg: Herder, 2019, 461 pp., 15 x 23, ISBN 978-3-451-38348-9.

La monumental obra de Alois Grillmeier, *Jesus der Christus im Glauben der Kirchen*, es una contribución imprescindible para el estudio de la cristolo-